

PARLAMENT DE CATALUNYA

Manel Vila Motlló

17 de març de 2014

Dobro vece, dobro dosli – Doy la bienvenida al acto a la señora Anna Simó, Excelentísima Vicepresidenta del Parlamento, Gospoje Jasna Prpic, Excelentísima Embajadora de BiH, Gospodine Jovan Divjak, miembros del ICIP, diputados, amigos y amigas.

Agradezco a Tica Font que me haya encargado presentar a un amigo, un hombre bueno.

Recuerdo la primera persona que nos anunció y felicitó por la candidatura que prepararon Quim y Laura y que, por casualidades de la vida, nos dejó el mismo día que Mahatma Gandhi. Un recuerdo emocionado para Alfons Banda, miembro destacado del ICIP y activista en muchas luchas por la paz.

Quizá la primera vez que oímos hablar de Sarajevo fue en los libros de historia, como consecuencia del atentado a Francisco Fernando, heredero del imperio austrohúngaro, ahora hace cien años, y que fue la chispa que hizo estallar la Primera Guerra Mundial.

Después seguimos el movimiento de los partisanos contra el terror nazi; la Yugoslavia de la autogestión de los trabajadores; el liderazgo de Tito con el

movimiento de los países no alineados y, finalmente, Sarajevo, ciudad olímpica donde se celebraron los Juegos Olímpicos de Invierno de 1984, ahora hace justo treinta años.

Hay que leer la conocida guía Trotamundos, editada el año 1984, para hacernos cargo de lo que significaba la ciudad dentro de los Balcanes. La guía describía:

«Ninguna ciudad mejor que Sarajevo simboliza en Yugoslavia la coexistencia de las diferentes culturas y religiones, al mismo tiempo que las enriquece y las complementa. Aquí se encuentran Oriente y Occidente y se fusionan. De un extremo a otro, la ciudad nos muestra sus influencias: austeros edificios de la época imperial austríaca, y seculares casas turcas con sus típicos balcones de madera. Toda la armoniosa amalgama de influencias está contenida en esta historia: “Un musulmán quiso vender su casa un día: ‘¿Cuánto quieres por ella?’, le preguntó un amigo. ‘Trescientos mil dinares’, respondió el musulmán, ‘pero con este precio, ya te incluyo a mis vecinos, un católico y un ortodoxo, y cuando llores, llorarán, y cuando rías, reirán; cuando estés enfermo, estarán a tu lado... y esto, amigo, no tiene precio’”».

Pues, por desgracia, de esta preciosa ciudad de Europa, la única ciudad europea en cuyo *skyline* se

divisan cuatro iglesias: la Catedral Católica, la Catedral Ortodoxa, la Gran Mezquita y la Gran Sinagoga, el recuerdo más reciente que tenemos es el cruel sitio que sufrió durante la guerra civil de los Balcanes, ahora hace veinte años.

Veinte años, treinta años, cien años. Son muchas las conmemoraciones, los aniversarios, que podríamos recordar al presentar la candidatura de Jovan Divjak para el Premio Constructores de Paz, que otorga anualmente el Institut Català Internacional per la Pau en la sede del Parlamento de Catalunya.

De hecho, Jovan también podría ser Jasmina, Emir, Dino, Senada, Alma, Miro, Adis, Nermin, y muchas de las personas anónimas que dieron testimonio de la lucha de una ciudad, de unas ideas y del orgullo y la fuerza por resistir. Desde la Fundación Distrito 11 City to City propusimos a Jovan Divjak, un bosnio nacido en Belgrado. Porque yendo por la calle o paseando por la ciudad, él personifica la dignidad, la coherencia, la honestidad y el profundo orgullo de ser de Sarajevo. Alma, que estuvo hasta los últimos momentos en la Sarajevo asediada, dijo: «Yo me sentía segura porque sabía que el general estaba en la ciudad y él simbolizaba la defensa de nuestra Sarajevo».

Hoy Sarajevo ha cambiado; por los desplazados, por los refugiados, por los ausentes. Hay que rendir homenaje también a aquellos 11.541 ciudadanos que murieron entre 1992 y 1996 y que hace poco eran

recordados en Sarajevo simbólicamente con una gran línea de sillas rojas. Y hay que recordar también, muy especialmente, a los más de mil niños y niñas que fueron objetivo preferente de los francotiradores. Todos ellos están, especialmente hoy, en nuestra memoria. Así pues, la figura de Jovan Divjak nos ayuda a recordar, a superar y a mirar al futuro con más optimismo.

Pero, ¿quién es Jovan? Primero diré que hay numerosos placeres en la vida, pero puedo asegurar que uno de los más emotivos es pasear por Sarajevo, por las calles peatonales de Ferhardija, con él.

«Buenos días, general; ¿cómo se encuentra, general?» La gente cruza la calle cuando lo ve, «¿la familia bien, general?». Algunos le hacen un saludo medio militar, pero sin que se note; otros, una reverencia. Él conoce a todo el mundo; gente mayor, compañeros de sitio, chicos, jóvenes, y los saluda a todos, contesta a todos, a todo el mundo. Especialmente a las mujeres, y no es nada raro que encuentre, de una manera u otra, una flor, un pequeño ramo para acompañar al beso y poder devolver el agradecimiento.

El militar Jovan Divjak se formó en la Escuela Militar del Ejército Yugoslavo y ocupaba la máxima responsabilidad en el OT, lo que se conoce como la Defensa Territorial de la República de Bosnia. La guerra no empieza con una declaración, nadie toca un silbato y nos empezamos a pelear, sino que son

los hechos que van sucediendo los que después nos llevan a ella.

En Sarajevo, los militares del Ejército Popular Yugoslavo recibieron la orden de abandonar los cuarteles y ocupar posiciones en los alrededores de la ciudad. El general se quedó en Sarajevo y el Gobierno de Bosnia le encargó la defensa de la ciudad. Más tarde, fue el responsable de la cooperación con los organismos civiles y las instituciones.

El 6 de abril, cuando una manifestación se acerca a la sede del Parlamento, unos francotiradores disparan y Suada Dilberović muere en el puente del río Miljacka. Para unos, aquí empieza la guerra; para otros, el 3 de mayo de 1992, cuando la ciudad queda asediada totalmente, privada de electricidad, de gas, de agua potable, de medicamentos, de correo, de teléfono. Durante 1.395 días, concretamente, hasta octubre de 1995, solo se podía entrar por vía aérea a través del aeropuerto, que custodiaban los cascos azules franceses, los cuales tuvieron 16 bajas, y por un túnel que construyeron los bosnianos por debajo de la pista del mencionado aeropuerto.

¿Cómo se defiende una ciudad? ¿Cómo se evita que entren los asaltantes? ¿Cómo se puede sostener la cotidianidad? ¿Cómo se mantiene el deseo de supervivencia? De todo eso y más, Jovan Divjak sabe mucho. Un día me dijo: «Todo eso se consigue con sentido común y con sentido del humor, y no sé

qué va primero».

Carles Casamor, técnico municipal del Ayuntamiento de Barcelona y referente de la rehabilitación urbana de Gaza City, dice que los municipalistas tenemos un idioma común que, además de las lenguas que nos hacen entender, es como el solfeo para los músicos. Los corporativistas también desarrollan un lenguaje que te hace sentir que estás entre los tuyos; debe de pasar también entre los médicos, los ingenieros, y Carles asegura que pasa igualmente entre los funcionarios que hacen marchar a las ciudades.

Será por eso por lo que desde la primera estancia en Sarajevo, en una ciudad donde caía una media de 329 obuses al día, durante mi jornada me sorprendió el ritmo de la vida cotidiana.

Cuando el entonces alcalde de Barcelona Pasqual Maragall me envió a Sarajevo, viví en casa de los señores Softic. Él es informático y ella ginecóloga. Cuando llegaba a casa y apretaba el interruptor, la señora Softic reía: «Manel..., que hace meses que no hay electricidad».

Y cada mañana el señor Softic se ponía la corbata y mascullaba: «¿Qué hace un informático yendo a la fábrica en una ciudad que no tiene energía eléctrica? Pero el general siempre dice que es muy importante mantener la vida cotidiana». «El general dice que tal, el general dice que cual». Como decía Alma, saber que el general estaba en Sarajevo daba

tranquilidad.

Conocimos a los militares cuando conmemoraron los 1.000 días del sitio. Celebraban una fiesta para celebrar que llevaban mil días sin nada. Invitaron a muchos ciudadanos, personalidades, intelectuales para que los acompañaran en la celebración. De nuestra querida Europa, la que había hecho más de cien declaraciones contra el sitio de Sarajevo, fueron dos: el alcalde de Barcelona, Pasqual Maragall, y el de Sabadell, Antoni Farrés.

Nos recibió, emocionado, el alcalde Tarik Kupusovic. Por la noche fuimos a un concierto en la sede de Armija, donde todas las ventanas estaban cubiertas de sacos de arena. La Orquesta Sinfónica de Sarajevo interpretó la Octava Sinfonía de Schubert en Sí menor, conocida como la «sinfonía inacabada».

Fue un concierto difícil de olvidar, porque faltaban músicos, las sillas estaban vacías y se notaba el silencio cuando en determinadas partes de la obra faltaban los intérpretes. Los solistas y los compañeros que sí que estaban seguían el tempo, como si nada, como si estuvieran todos. Siempre la cotidianidad.

Durante este tiempo, descubrimos las estrellas sobre la ciudad. Salíamos de una cena y Miquel Roca comentó a Amra, que nos hacía de intérprete, «¿Qué difícil es entender mil días sin luz!». Y ella le dejó caer: «¡Descubrimos las estrellas sobre la ciudad!»,

otro ejemplo de supervivencia y resiliencia.

Un día, el general me dijo: «Nunca ha faltado ni la página del diario *Oslobodenje*, ni la cerveza, ni el tabaco, pero, amigo Vila, no preguntes nunca ni qué bebes, ni qué fumas». Para la gente es importante que estas tres cosas no falten nunca. Siempre la cotidianidad. Y aquí deberíamos hacer una glosa especial al papel que desempeñaron las mujeres y su sabiduría.

Jovan lo resumió en un artículo incluido en la revista *Sapiens*: «Si dicen que Roma la salvaron las ocas, a Sarajevo la salvaron las mujeres y su saber hacer».

Yo siempre añado que creo que a Sarajevo también la salvó su sentido del humor. Como el cartel del XX aniversario de los Juegos durante la guerra, que mostraba unas anillas olímpicas hechas con alambre de espino. O bautizar el aeropuerto como «Maybe airlines». Hacer un desfile para elegir a miss Sarajevo. Publicar en los paquetes de tabaco Drina «Olvidar mata». Hacer el mapa del sitio como si fuera un cómic hecho por Suada, y la gente de Fama, en Troka, la gente de Trio; pensad que se bautizaron los impactos de los morteros como «rosas de Sarajevo». En fin, un orgullo de ciudad.

Es la única ciudad de la antigua Yugoslavia que no ha cambiado el nombre de su avenida principal: se continúa llamando Mariscal Tito, pero lo que sí han cambiado es el nombre de la Plaza Mayor: ahora se llama Plaza de Susan Sontag, en homenaje a la

escritora porque decidió quedarse en Sarajevo durante el sitio interpretando «Esperando a Godot». Cierto que en Sarajevo se encuentra la Plaza Barcelona en el barrio de Mojmiro, pero lo que representa la Plaza Susan Sontag también la hace un poco nuestra.

Mientras los políticos discuten y no se acaban de poner de acuerdo, decía uno de los anuncios del Ayuntamiento de Barcelona, gente como Pasqual Maragall, Joan Maria Tintoré, Jordi Rodri, Anna Lizarra, y muchos otros fueron entrando y saliendo de Sarajevo, y nos creímos el eslogan: «Sarajevo depende de ti».

Otra de las personas que rompió el sitio de Sarajevo fue Joan Antoni Samaranch. Antes, durante los Juegos Olímpicos se pedían treguas. Durante la guerra de los Balcanes, se celebraron los Juegos Olímpicos de Invierno de Lillehammer, en febrero de 1994, y la tregua olímpica no se cumplió. Samaranch decidió desplazarse a Sarajevo y pasear por la ciudad durante todo el día, y se fue cuando le avisaron de que el aeropuerto no operaba durante la noche por falta de iluminación.

Tuvimos la suerte de que los líderes y los grupos municipales del Ayuntamiento de Barcelona aparcaron las diferencias y trabajaron por los mismos objetivos: olvidar las diferencias y buscar dónde podían sumar. Y es que en este orgullo de ciudad también nos parecemos a Sarajevo. Parece

muy fácil, pero nos cuesta ver en la actualidad estas decisiones.

La guerra acaba cuando los poderosos no pueden más; cuando unos cuantos se han hecho ricos, cuando los que tenían que decidir deciden; cuando los que tienen que apretar un botón lo aprietan; cuando los que tienen que coger un teléfono hablan. Es en aquel momento cuando acaba oficialmente la guerra. En aquel momento, a los hombres del gobierno de la Bosnia nacida de Dayton, la figura de Jovan, que habla claro, que habla con la gente, que nació en Belgrado, les molesta y lo pasan rápidamente a la reserva.

Sé que él creía que podía tener un papel importante en la formación del nuevo ejército, del nuevo país, en la academia, etc. Pero pasa precipitadamente a la reserva y es en aquel momento, por suerte para todos nosotros, cuando se reinventa.

Todos esos razonamientos y vivencias de niños y niñas huérfanos de familia, de jóvenes destrozados por una guerra entre vecinos, se vierten, ahora hace veinte años, en la Fundación Obrazonvanje Gradi BiH. ¡Qué nombre más interesante para una Fundación!: «La educación edificará BiH», la educación construirá el nuevo país.

Desde aquel momento, se han concedido más de 30.000 becas para pagar matrículas escolares, más de dos millones de euros en material escolar y libros. Tres mil chicos y chicas han podido participar en

intercambios para conocer chicos y chicas de otras culturas. Y se ha tenido un cuidado especial con la minoría romaní.

Hacer una glosa de Jovan es también recordarlo en su despacho: recuerdos, regalos de todas partes, de todas las condiciones. No me olvido de destacar sus condecoraciones y seguro que este premio permanecerá colgado en la pared haciendo compañía a sus grandes recuerdos: la Legión de Honor Francesa; una Orde Británica; el reconocimiento del Congreso de Estados Unidos y, en un marco especial, la entrada de la final de la Champions Barcelona-Manchester.

Nada más, resumiendo: compromiso, respeto, buen trabajo y, por encima de todo, sentido del humor.

Un día, en casa, le pregunté por la gran decisión personal: «¿Cómo se toma? ¿Es un momento? ¿Es un día?». Él me contestó: «No, la vas tomando toda la vida. Yo tomé la decisión de quedarme en Sarajevo cuando comprendí las intenciones de Karadžić. Mi motivación: defender la vida de los ciudadanos de Bosnia y defender el ideal de la multiculturalidad».

La propaganda se basaba en que los serbios no tenían los mismos derechos que los bosnios. Eso, por supuesto, no era verdad. Fueron repitiendo la mentira de que no podíamos vivir juntos. Fueron repitiendo la idea de que unos no tenían los mismos derechos que los otros.

Para acabar, plagio al maestro Brecht y adapto su pensamiento, que decía:

«Hay hombres que luchan un día y son buenos.

Hay otros que luchan un año y son mejores.

Hay quienes luchan muchos años, y son muy buenos.

Pero hay los que, como Jovan, luchan toda la vida, esos son los imprescindibles».

Hvala, general, por estar entre nosotros.